

LA CIUDAD DE ANTIOQUIA

Texto del discurso pronunciador por el canónigo doctor Eleázar Naranjo en la sesión solemne celebrada por la Academia Antioqueña de Historia y el Centro de Historia Local de la ciudad de Antioquia, el 4 de diciembre.

Señores:

Creo que podemos comenzar con la palabra del oficio sagrado: Aleluya. Sí, Aleluya, porque hace hoy cuatro siglos que la constancia emprendedora y el resuelto ánimo de un conquistador echaron los asientos de esta ciudad nobilísima, que con el correr de los días llegaría a ser la Madre de nuestra Fe, el origen de nuestra Raza y la cuna de nuestra cultura. No fueron estorbo a las ansias de gloria que iluminaron los ojos del héroe y del vidente, ni la opuesta naturaleza, ni las dificultades de los hombres. Los aceros de su voluntad, mejor templados que los de su tizona, lo hicieron salir de Popayán y en odisea magnífica venir hasta nuestras tierras, domeñando selvas, sojuzgando aborígenes y plantando pueblos, hasta fundar el nuestro, o sea, el que le ciñó las sienes con los laureles consagradores.

Qué analogías tan raras las que a veces ofrecen los hechos y virtudes de los hombres y los hechos y virtudes de los pueblos, y cómo se confunden las vicisitudes de éstos con las de aquéllos. Fueron unas indomables ansias de conquistar, un insaciable ímpetu de dominio, un valor como pocos, una ardien-

te sed de gloria, y una esperanza sin par, los que movieron al Mariscal cuando Caballero en los lomos del Cauca se lanzó a través de la selva para llegarse hasta aquí y fundar esta Güernica de la antioqueña gente. Y fueron también los trabajos y las emulaciones, las vicisitudes y las incomprensiones, los troqueles en que se modeló definitivamente aquel gran carácter con que al plasmar la ciudad la dotó para que brillara en la constelación de ciudades y pueblos con que después se formaría nuestra nacionalidad. De allí que Santa Fe de Antioquia en su vida y en las de sus hijos sea un trasunto fiel de la vida de Jorge Robledo.

De veras. De aquí salieron un día los caballeros del ideal que fundaron y poblaron a Medellín, cabeza hoy de nuestra vida civil y rectora de nuestros destinos intelectuales y económicos. De aquí salieron también los domadores de la selva, los valientes y esforzados varones que sin miedo a nada y a nadie buscaron primero la mina que les brindara el codiciado metal y enjambraron luégo al rededor de ella la colmena de familias trabajadoras e industriales con que se formaron muchos de los pueblos que hoy relieván la superficie de nuestros dos departamentos. De aquí surgieron los aventureros que dominaron las cimas de nuestras montañas, para tener horizontes más amplios a sus deseos de expansión y para orientar las rutas que nos llevaran al mar, vehículo de todos los progresos. Sede de los poderes, en tiempos de la colonia y algunos años después de la gesta emancipadora obtuvo la ciudad de manos de Carlos V escudo de armas en febrero de 1545; fue separada de la gobernación de Popayán en 1596 por Felipe II, quien desde el año siguiente piensa ya en obtenerle de la Santa Sede los privilegios y prerrogativas que trae la capitalidad de la diócesis, gracia que sólo se le concedió sólo después de dos siglos, en 1804. Aquí en un 11 de agosto que

es día de gloria en los fastos de la historia patria brilló el fuego de la libertad que con la velocidad del rayo prendió en todos los pueblos de la provincia la hoguera del amor patrio. Erigido su Capitulo Catedral en 1828 se le hace nuevamente capital de departamento en 1851 y en 1908, y la Santidad de Pío XII le torna en Basílica su Catedral y le restaura en sus privilegios de capital diocesana autónoma e independiente, en 1941.

Pero parece que cuando en la loma del Pozo moría ignominiosamente el Mariscal Robledo, los últimos latidos de su gran corazón y las postreras miradas, acostumbradas al horizonte selvático, las hubiera dirigido como un testamento de infortunio hacia la ciudad que creara. Quizá así se pudiera explicar el alud de males que han caído sobre ella al lado de estas fechas de inmortalidad. Traslaciones como las que nos refiere la historia, incendios como el de 1737 que amenazó destruirla totalmente, sucesivas pérdidas de soberanía civil y de capitalidad espiritual, destrucción de sus industrias madres y tantos otros hechos hacen que Antioquia, una de las ciudades más célebres del país, por la prestancia de sus glorias, lo sea también por lo terrible de sus desgracias. Aquí hemos visto muchas veces llegar al turista opulento, acostumbrado a ponderar falsamente la importancia de las ciudades sólo por el número de sus fábricas, por el asfaltado de sus avenidas, o por la riqueza de sus moradores, que escarnece la pobreza de Antioquia. Los que así obran, no saben que esta ciudad se ha empobrecido porque de su entraña materna se extrajeron las energías humanas que transformaron gran parte de nuestro departamento; es que olvidan que la ciudad perdió su fortuna desde el día en que José Ma. Córdoba vino a nombre de los libertadores a pedir la contribución de Antioquia para la magna guerra y reci-

bió entonces sin que se exigiera la devolución, los los ricos capitales que las familias guardaban bajo el respeto de la corona allí cerca en la contaduría real; es que no conocen la frase de Santander cuando le pedía a Bolívar que no exigiera de Antioquia lo imposible, esto es, una nueva leva de valientes, para el ejército emancipador, porque ya lo había prodigado todo. Antioquia necesita de un manchego que cabalgando en la historia venga a deshacer las injusticias que con ella se han cometido a lo largo de muchos años, de un manchego que venga a colocarla a la altura de sus glorias. Entre varios, ese caballero ideal que constituís vosotros, serenísimos señores de la Academia de Historia de Medellín, a quienes saludo a nombre del centro de historia de esta ciudad; con vuestro noble gesto de venir a sesionar en pleno en este histórico cabildo.

Don Emilio Robledo, maestro de doctores, gran señor de la cultura colombiana. Podéis presidir esta sesión histórica. A ello os dan derecho vuestros aquilatados títulos intelectuales. Podéis presidir, repito, en el mismo lugar quizá, donde dictó providencias vuestro ilustre antepasado el vizcaíno don Pedro Correa de Soto, preclaro gobernador de esta ciudad. Podéis presidir acompañado de los ilustres académicos que ahora nos honran, maestros todos ellos en las egregias disciplinas que enaltecen la vida. Para vos y para ellos nuestro agradecimiento y nuestros votos de bienandanza.

He dicho.